



5.- Movimientos por la paz: el resurgimiento

Militarismo e imperialismo: su actualidad en el siglo XXI

Claude Serfati

Las relaciones entre el militarismo, la guerra y el capitalismo se vuelven a poner de actualidad en este comienzo del siglo XXI. La “guerra sin límites”, el nuevo programa político lanzado por la Administración Bush, marca un cambio de escala en el militarismo del capitalismo americano y advierte: hoy más que nunca, mundialización del capital y militarismo aparecen como dos aspectos de la dominación imperialista.

Rosa Luxemburgo recuerda que *“el militarismo tiene una función determinada en la historia del capital. Acompaña a todas las fases históricas de la acumulación”*.

Sus análisis resaltan lo que se llamaría hoy la “historicidad” de la relación del militarismo con el capital y conservan su pertinencia. Definió la *“fase imperialista de la acumulación [como] fase de la competencia mundial del capital con el mundo entero como teatro. Los métodos empleados son la política colonial, el sistema de préstamos internacionales, la política de esferas de intereses, la guerra. La violencia, la estafa, el pillaje se despliegan abiertamente y sin máscara”*. Al contrario que la *“teoría liberal burguesa [que] separa el dominio económico del capital de los abusos de autoridad, considerados como incidentes más o menos fortuitos de la política exterior”*, Rosa Luxemburgo subraya de manera muy actual que *“la violencia política es el instrumento y el vehículo del proceso económico: la dualidad de los aspectos de la acumulación recubre un mismo fenómeno orgánico, surgido de las condiciones de la reproducción capitalista”*.

En su polémica contra Duhring, Engels analiza las relaciones entre el militarismo y el desarrollo tecnológico del capitalismo. La historia demuestra que la conducción de las guerras se basa en la producción de armas que a su vez depende del estado de la economía y más concretamente del desarrollo industrial y tecnológico, porque *“la industria sigue siendo industria, ya se oriente a la producción o a la destrucción de objetos”*.

Engels explica los cambios radicales que se producen cuando el capitalismo se vuelve dominante en todo el mundo. *“El navío de guerra no es sólo un producto, es al mismo tiempo un espécimen de la gran industria moderna, una fábrica flotante”*. En su opinión, *“el militarismo domina y devora a Europa”*, y esta fórmula tendrá una confirmación trágica en la guerra a la que se libraron los imperialismos europeos desde 1914.

La producción de armas no es sólo una “rama de la industria moderna”. Desde la Segunda Guerra Mundial se encuentra en el corazón de trayectorias tecnológicas esenciales para el modo de producción (aeronáutica y espacio, electrónica, nuclear). En las siguientes cinco décadas, los gastos militares de Estados Unidos, y de los otros países imperialistas, se han mantenido a unos niveles extraordinariamente elevados, en nombre de la amenaza que suponía la URSS. Las gigantescas sumas consagradas en este país a la defensa consolidaron a la casta dirigente y su existencia parasitaria, al tiempo que contribuyeron a la sangría de recursos productivos y financieros. El hecho más destacado después de la Segunda Guerra Mundial es el enraizamiento del sistema militar-industrial en la economía y en la sociedad de Estados Unidos, que no se ha debilitado con la desaparición de la URSS, sino todo lo contrario, y aborda, en este comienzo de siglo, una nueva etapa de consolidación.

El reforzamiento del sistema militar-industrial se basa en una conjunción de factores: la concentración industrial y la vinculación aún más estrecha de los grupos de armamento con el capital financiero, la subida del presupuesto militar comprometido por Clinton en 1999 y considerablemente ampliado por Bush, y una presencia reforzada en las tecnologías de la información y de la comunicación (TIC). Estas tecnologías se han beneficiado de la Iniciativa de Defensa Estratégica de Reagan (la “guerra de las estrellas”) y han jugado un papel determinante en la “dominación informacional” y la “guerra centrada en las redes”, temas favoritos de los estrategias del Pentágono en los años noventa.

El sistema “militar-securitario”

La supremacía militar y el control de la seguridad permiten a los grupos de armamento americanos conquistar una posición central en el desarrollo de las TIC, dominado en los años noventa por empresas civiles (la pretendida “nueva economía” y su cortejo de *start-ups*). Los grupos de armamento también deben desarrollar nuevos sistemas de armas para los ejércitos de tierra. La preparación de “guerras urbanas” (expresión empleada por los expertos del Pentágono), llevadas a cabo por soldados equipados con armas hipersofisticadas, continuando en tierra la acción de la aviación, ocupa un lugar importante en los presupuestos militares. Se trata de llevar a cabo guerras contra las poblaciones de las inmensas aglomeraciones de los países del Sur (las de Sudamérica obsesionan a los estrategas americanos), y eventualmente contra las “clases peligrosas” de las ciudades del Norte. Es de prever, por tanto, que la enorme influencia que han adquirido los grupos de armamento en el seno de las instituciones federales y estatales desde la Segunda Guerra Mundial, y la ampliación de la “agenda de seguridad nacional” a objetivos no militares que afectan cada vez más a aspectos de la vida social y probada, aceleran la formación de un “sistema militar-securitario”.

En los próximos años, este sistema ocupará un papel mucho más importante que el del “complejo militar-industrial” durante la Guerra Fría.

La formación del sistema militar-securitario da al Estado americano una considerable potencia. Estamos lejos del declive de la “*forma Estado*” de dominación del capital que, según Hardt y Negri, daría lugar a un “*Imperio*” en el seno del cual capital y trabajo se enfrentarían sin mediación.

Para mantener su dominación, el capital no puede prescindir de un aparato político, cuyas instituciones (judiciales, militares, etc.) se han constituido, reforzado y mejorado desde hace dos siglos en el marco de los Estados de los países capitalistas dominantes. El “capitalismo mundial”, en el sentido que dan estos autores, no existe. El capital, en tanto relación social, tiene ciertamente una tendencia a trascender las fronteras nacionales y las otras barreras (formas de organización socio-políticas, por ejemplo). “*El mercado mundial está contenido en la misma noción de capital*”, decía Marx, pero se trata de un proceso marcado por contradicciones que se expresan en las rivalidades intercapitalistas e interimperialistas, así como en las crisis. Por ello, la extensión mundial del capital siempre ha tomado, y lo sigue haciendo, una fisonomía indisolublemente ligada a las relaciones de fuerzas inter-estatales y a su cortejo de violencias.

La dominación de Estados Unidos sobre los otros países imperialistas es evidente. Es una razón que hace improbable el desencadenamiento de guerras interimperialistas como las que tuvieron lugar en el siglo veinte. La integración de los capitales transatlánticos, entre Estados Unidos y una parte de la Unión Europea, continúa y constituye uno de los rasgos distintivos de la “mundialización” de final del siglo veinte. Las clases dominantes de Estados Unidos y de la Unión Europea están, en cierto modo, en la situación descrita por Marx a propósito de la competencia entre capitalistas: se comportan como “*falsos hermanos en la competencia*”, pero como una auténtica “*francmasonería*” frente a los obreros (y también frente a los pueblos de los países sometidos a su dominación, habría que añadir). La improbabilidad de guerras entre las potencia capitalistas dominantes no vuelve caduca la relación entre guerra e imperialismo establecida por el marxismo de comienzos del siglo veinte. Basta con pensar, por ejemplo, en qué pasaría si la transformación capitalista de China bajo el control de la burocracia del PC chino, en lugar de acelerar las tendencias centrífugas en este país, amenazase la economía de Estados Unidos.

Desde luego, el ultra-imperialismo que permitiría superar las contradicciones del capital, tal como fue imaginado por Kautsky, no está a la orden del día. La guerra conserva y acrecienta su papel en la fase actual de mundialización del capital.

Mundialización del capital y militarismo

La mundialización del capital no implica una expansión del capitalismo en el sentido de una ampliación de la reproducción del valor a escala planetaria. Más bien lleva a un aumento de las depredaciones operadas por el capital, cuyos “derechos de propiedad” (sobre activos financieros) le permiten percibir rentas financieras y apropiarse de los procesos de la vida. “*No se produce demasiados medios de subsistencia para la población existente. Se produce demasiado poca para satisfacer decente y humanamente a la masa de población*”.

Esta es la contradicción que la mundialización del capital ha llevado hasta un nivel antes inalcanzado, aplastando a la mayor parte de los países de África y conduciendo a los países “emergentes” de Asia y América a la crisis, durante la década de los noventa.

El Estado siempre ha jugado un papel central en este proceso de expropiación de los productores por el capital, no sólo en la llamada fase “de acumulación primitiva” sino también durante las conquistas coloniales, cuyo objetivo era someter a los pueblos y los territorios del planeta a la dominación del capital. La violencia de los Estados es hoy día más necesaria que nunca, justo lo contrario de las mixtificaciones que asocian los “mercados” y el libre cambio con la paz y la democracia. La mundialización del capital se acompaña de un proceso de mercantilización que se puede definir como una extensión de los espacios donde el capital ejerce sus derechos de propiedad.

“Un mismo fenómeno orgánico”

Esta es la condición previa a la existencia de “mercados”, cuyo objetivos y efectos son, por una parte, aumentar la dependencia de los productores y hacerlos más “libres”, esto es, más obligados a trabajar para el capital, y por otra, dominar nuevos grupos sociales, en particular en los países dependientes. Estos espacios no son sólo territorios geográficos, son también nuevos terrenos de apropiación privada, como la biosfera (mercados de permisos de derechos de polución), los procesos de la vida (patentes sobre semillas, etc.) y cada vez más los derechos de propiedad intelectual cuya continua extensión por parte de los tribunales significa un serio atentado a la libertad de las poblaciones. Todos estos objetivos no pueden ser alcanzados sin el uso de la violencia.

Estados Unidos se encuentran en el centro de la mundialización del capital. El reforzamiento del militarismo observado durante los años noventa no fue un “suplemento” añadido a un funcionamiento económico en sí “próspero”. Mundialización de capital y militarismo son dos aspectos de “*un mismo fenómeno orgánico*”, como dijo Rosa Luxemburgo, y en Estados Unidos son más interdependientes. La potencia político-militar ha sido un factor determinante en los procesos que han permitido a los Estados Unidos, durante los años noventa y a un ritmo acelerado después de la crisis de los países asiáticos (1997), drenar hacia sus plazas financieras el capital dinero en busca de emplazamientos de mucha “seguridad”.

Al final, la economía americana fue alcanzada por la recesión en el 2000. No es posible analizar aquí los mecanismos, pero lo importante es comprender que si Estados Unidos están en el centro de la mundialización del capital, están también en el centro de sus contradicciones, mucho más profundas de lo que dan a entender los indicadores utilizados para calificar una recesión. El rápido desarrollo de estas contradicciones desmiente a quienes pensaban que los Estados Unidos eran un “islot de prosperidad” en el océano de devastaciones mundiales producidas por la dominación del capital financiero (la “nueva economía”). Las contradicciones económi-

cas se han ampliado, no reducido, con la puesta en marcha de los programas presupuestarios decididos después del 11 de setiembre de 2001, para los que se ha utilizado el término de “guerra de clases”.

En este contexto, hay que situar la “guerra sin límites” emprendida por la Administración Bush en relación con la trayectoria del capitalismo de los últimos veinte años. Esta política expresa los intereses de una oligarquía financiera cuyas bases materiales son el saqueo de los recursos naturales (ante todo el petróleo) y el pago de la “deuda eterna”, aún al precio de poner en peligro físico y la propia existencia de las clases sociales y de las poblaciones más vulnerables. El control que Estados Unidos y otros países dominantes -la “comunidad internacional”- ejercen a través de formas de gestión directa, de mandato o de protectorado tiene hoy aún menos posibilidades de estimular el desarrollo económico de los países dominados, que cuando las conquistas coloniales de los imperialismos de comienzos del siglo veinte. Es el momento, como lo muestra el ejemplo trágico del continente africano desde hace veinte años, del desmembramiento de los Estados de los países del Sur, que no pueden resistir a las consecuencias de la dominación de los imperialismos.

Las clases sociales cuya existencia reposan en un modo de dominación social que privilegia la apropiación del valor creado por los productores, y estimula cada vez más la depredación rentista, sólo pueden tener preocupaciones a muy corto plazo, sin mirar las consecuencias sociales y medioambientales catastróficas para la humanidad. Necesitan gobiernos e instituciones estatales que les aseguren el pleno goce y la seguridad de sus derechos de propiedad. Cuanto más extienda su lógica el capital financiero, más necesidad tendrá de aumentar su fuerza armada.

Claude Serfati es economista. Forma parte de la redacción de la revista *Carré Rouge*, www.carre-rouge.org.
